

PROPUESTAS SOBRE LA REALIDAD EN MEDELLÍN Y EN PUEBLA

Cardenal Baltazar Enrique Porras Cardozo
Caracas, 1-4 abril

INTRODUCCIÓN

Medellín y Puebla son dos hitos muy importantes en la vida de la Iglesia Latinoamericana. Representan, sin duda, la presencia orgánica de nuestras iglesias del subcontinente, después del Concilio Vaticano II, con rostro propio lo que ha dado pie a una reflexión teológico-pastoral y unas líneas de acción, que con todos los matices que queramos ponerle, son parte de nuestra identidad eclesial y del aporte significativo a la iglesia universal.

Sin embargo, a 50 y 40 años de distancia es prácticamente irremediable el peligro de descontextualizar el momento en el que surgieron y lo que significaron sus propuestas. Más aún, desconocer el proceso en el que surgieron, con sus luces y sombras, puede quedarse en el texto y mitificar su realización y proyección. Además, para nosotros es obligatorio leerlos desde la realidad venezolana de aquel momento, un tanto diferente de lo que estaba sucediendo en los países hermanos. Sin ese contexto, es difícil valorar su incidencia, antes y ahora, en el presente de nuestra realidad global, eclesial y social.

Es bueno tener en cuenta lo que en otro contexto (Dios y Federación) afirmó Manuel Caballero acerca de nuestra historia patria. Cito: “Al poner esas palabras, -en nuestro caso Medellín y Puebla-, se quiere significar cosas muy distintas. En primer lugar, la idea general que las preside es el combate contra la historia mítica, le acompañen el prestigio y las barbas de cualquier Ser Supremo (sea este el de una religión revelada o el de un culto patriótico); o formen el cuerpo del mito no menos arraigado de una tendencia popular”¹.

En el desarrollo de las investigaciones historiográficas modernas, la rama de la historia de las mentalidades obliga a indagar el estudio de las formas

1. Caballero Manuel. “Ni Dios ni Federación”. Crítica de la historia política. Planeta. Colección Voces del Presente. Italgráfica. Venezuela. P. 5.

de pensamiento, las creencias, los sentimientos específicos de las sociedades y pueblos en cada época, en cuanto que definen una sociedad en un tiempo determinado y explicitan, con una cierta coherencia, la manera de aprehender el mundo que tienen sus miembros. Es lo que Fernand Braudel llama la categoría del “largo tiempo”, *longue durée*, ya que es un hecho que cada época está animada por una mentalidad colectiva dominante que penetra toda la masa de la sociedad².

Hoy, podemos afirmar que tenemos “posesión serena” de la realidad que los documentos de Medellín y Puebla analizaron. Sin embargo, ellos tuvieron un iter no exento de dificultades y su recepción hay que verla en el marco del nuevo escenario eclesial marcado por el Concilio Vaticano II y la intuición latinoamericana de su apropiación, hecha desde la realidad social y religiosa de nuestros pueblos.

En realidad, nuestros obispos tuvieron poco protagonismo durante las sesiones del concilio y en los grupos más inquietos que se reunían informalmente con obispos, teólogos y asesores. Ellos tampoco participaron en el grupo que celebró la eucaristía en la Catatumba de Domitila donde firmaron un documento, el llamado “pacto de las catacumbas”, en el que entre otras cosas se comprometían a una vida sencilla y una nueva actitud pastoral orientada a los pobres y trabajadores³.

ORIGINALIDAD DE MEDELLÍN

Medellín, concebido originalmente como aplicación del Vaticano a América Latina, representó, en los hechos, una innovación respecto al Concilio, pues alteró el orden tradicional básicamente deductivo, usado en la Iglesia, tanto en la reflexión teológica como en la documentación oficial, pontificia o episcopal. Así lo reconoció Mons. Marcos McGrath, más tarde Arzobispo de Panamá y uno de los directivos del CELAM, al explicar que “la división en tres áreas -promoción humana, evangelización y crecimiento en la fe, e Iglesia visible y sus estructuras-, altera el orden frecuentemente usado en la Iglesia, antes y después de Medellín. Evangelización y crecimiento en la fe

2. Cfr. Duque, Ana Hilda. “Entre la monarquía y la república”. Archivo Arquidiocesano de Mérida. Fuentes para la historia eclesiástica de Venezuela, 20. Ediciones del Rectorado ULA, Arquidiócesis de Mérida y Archivo Arquidiocesano de Mérida. Mérida, Venezuela 2013, p. 30.

3. Cfr. Ana María Bidegáin. Compiladora. “Obispos de la Patria Grande”. CELAM. Bogotá 2018. P. 23.

viene después de la Promoción humana”⁴. Fue el inicio de la metodología del ver antes del juzgar que, con altibajos, tanto éxito ha tenido en la reflexión latinoamericana, y ahora, en el magisterio del Papa Francisco⁵.

“En Medellín se aprecia un discurso con sujeto social y adultez cristiana que lleva a los obispos a comprometerse a producir los cambios que demandaban a la sociedad. Por ello, pueden decir que “no basta reflexionar, lograr mayor clarividencia y hablar; es menester obrar. Esta asamblea fue invitada a tomar decisiones y a establecer proyectos, solamente si estábamos dispuestos a ejecutarlos como compromiso personal nuestro, aun a costa de sacrificio. En este sentido, Medellín supuso el paso de una iglesia reflejo a una iglesia adulta, hoy convertida en iglesia fuente que dio origen a una nueva conciencia eclesial”⁶.

Medellín contó con siete ponencias introductorias que crearon una dinámica de recepción, profundización y avance del Concilio Vaticano II. Una de ellas tuvo como ponente a Mons. Luis Eduardo Henríquez, en ese momento obispo auxiliar de Caracas y Presidente del Departamento de Seminarios del CELAM, con el título “Pastoral de masas, pastoral de élites”⁷. Recalcó la importancia de pensar nuevas formas de presencia de la institución eclesial en el mundo actual para superar las caducas, y discernir las que son necesarias y válidas, con el fin de propiciar una fe viva, madura, lúcida que penetre toda la vida. Así la fe se traduce en la justicia y la caridad con los demás.

Como señaló Víctor Codina, los rasgos de las ponencias que fueron asumidas, reproducidas y profundizadas en las conclusiones, “son fieles al Vaticano II y al pueblo pobre y religioso de América Latina, aportan una novedad a la Iglesia y no se limitan a repetir lo que se dice en otros ambientes eclesiales europeos y occidentales”⁸. Tienen como características generales que parten de la realidad, conciencia de cambio en América Latina, realismo ante la pobreza y el sordo clamor que sube del pueblo, y, capacidad para discernir los

4. Citado en, Rafael Luciani. “Medellín 50 años después. De Iglesia reflejo a Iglesia fuente”. Revista Medellín 171 (mayo-agosto 2018), p. 10.

5. Por Venezuela, participaron en Medellín 7 obispos, un sacerdote y un laico. Mons. Crispulo Benítez Fontúrvel, Arzobispo de Barquisimeto, Mons. Domingo Roa Pérez, Arzobispo de Maracaibo, Mons. Juan José Bernal Ortiz, Arzobispo-Obispo de Los Teques, Mons. José Alí Lebrún Moratino, Obispo de Valencia, Mons. Constantino Maradei Donato, Obispo de Cabimas, Mons. Luis E. Henríquez Jiménez, Obispo Auxiliar de Caracas y Mons. Francisco de Guruceaga Iturriza, Obispo Auxiliar de Ciudad Bolívar. El P. Juan Cardon, asesor universitario, y el Dr. Carlos Acedo Mendoza de la Comisión Venezolana de Justicia y Paz.

6. Idem, p. 11.

7. Idem, pp. 149-205.

8. Idem, p. 42.

signos de los tiempos partiendo de la situación histórica actual de pobreza de América Latina.

Medellín fue y es un proyecto histórico, no un milagro caído del cielo o una casualidad, ni siquiera el fruto tesonero de mentes privilegiadas. Medellín no se entiende sin la existencia concomitante de un proyecto pastoral de liberación. Afirma Pedro Trigo: “claro está que los documentos de Medellín son el resultado de una transacción. Las vacilaciones en el interior de cada documento y las incongruencias entre unos documentos y otros no se explican ante todo por la inconsistencia ideológica de sus autores sino porque en su redacción y aprobación jugaron diversas corrientes históricas. Las conclusiones de Medellín fueron expresión de la convergencia de dos proyectos históricos. El de la nueva cristiandad y el de liberación”⁹.

De Medellín quedó para la posteridad el aporte de los documentos de paz, catequesis, educación, pobreza, pastoral de conjunto y la introducción a las conclusiones. Es el legado de lo que *semper, et ubique et ab omnibus*, en expresión de San Vicente de Lerins, es parte integrante de la fe latinoamericana. El núcleo que permanece y perdura hasta el presente es el reconocimiento, primero, de Latinoamérica como lugar teológico; segundo, una nueva visión de Latinoamérica, abierta al dolor del pueblo, entendido como la mayoría pobre, y a la esperanza de la fe cristiana; en tercer lugar, la llamada a ese mismo pueblo a ser protagonista de su propio destino en organizaciones de base o pequeñas comunidades. Y, en cuarto lugar, la portadora y defensora de los valores cristianos fundamentales de la paz, la justicia y la unidad en Jesús, situando así lo social al interior de la reflexión teológica.

MEDELLÍN Y VENEZUELA

La participación venezolana, antes y durante los años conciliares (1962-1965), había sido escasa. Emprender nuevos caminos no es fácil, y menos aún aceptar la diversidad en ese caminar. En 1966, el para entonces padre Rosalio Castillo Lara, sdb, declaró a la revista *Ecclesia* (Madrid): “hasta la fecha ha habido una falta de interés general en Venezuela sobre el concilio ecuménico... estamos permitiendo que las cosas continúen tal como estaban. Esto es un hecho triste”¹⁰. Un extenso dossier sobre Venezuela en *Informations Catholi-*

9. Pedro Trigo. “¿Qué se debate en Puebla?” En, Revista SIC, 411(1979) pp. 32-33.

10. Cfr. Baltazar E. Porras. “Los obispos y los problemas de Venezuela”. Trípode Venezuela 1978. P. 56.

ques Internationales, afirmó que “a los laicos y sacerdotes les falta espíritu de iniciativa para obrar sin esperar que todo venga reglamentado desde arriba”¹¹.

Esta situación era explicable por varias razones: la casi totalidad de los clérigos había sido formados en el pensamiento escolástico tradicional. Además, el país estaba viviendo años de grandes esperanzas por los logros de una incipiente democracia y un horizonte de progreso personal y comunitario, mientras en buena parte de los países latinoamericanos convulsos se esbozaban terribles dictaduras. Será la presencia del clero extranjero que llegó en aquellos años y de los que estudiamos fuera del país, la que empezara a crear una inquietud tanto por las nuevas corrientes teológicas (cristológicas y ecle-siológicas), y la toma de conciencia de la peculiar realidad latinoamericana, así como por el pensamiento que cristalizó en las teologías latinoamericanas de la liberación y del pueblo.

Entre nosotros, hubo una recepción pacífica de los cambios conciliares que se concretaron principalmente en la reforma litúrgica y en la configuración de la conferencia episcopal, en una incipiente participación del laicado en movimientos no tradicionales, y en las inquietudes formuladas por algunos sectores del clero hacia un trabajo más serio con las opciones maestras de Medellín: la opción preferencial por los pobres, los jóvenes, la familia, el trabajo por la justicia y las nuevas pastorales de inserción en los sectores populares a través de la educación; la popularización de la metodología ver, juzgar y actuar, implementada por los movimientos especializados de la Acción Católica y la novedad de la pastoral de conjunto; todas ellas como una respuesta concreta a la problemática de la creciente urbanización y descristianización de las mayorías consideradas católicas.

La lenta asimilación y asunción del Concilio y de Medellín tuvo, no obstante, interesante reflexión en revistas como SIC y Nuevo Mundo, y en otras publicaciones y encuentros que se multiplicaron en varias partes del país durante los primeros años de la década de los 70.

El primer documento de la Conferencia Episcopal Venezolana (CEV) que cita a Medellín y responde a su espíritu es de 1973, cuando cambia la dirección de la misma, con Mons. Crispulo Benítez Fontúrvel a la cabeza y el joven obispo Ramón Ovidio Pérez Morales como Secretario y organizador del secretariado estable del episcopado.

11. Ibidem.

El legado de Medellín fue calando en la realidad eclesial poco a poco, dando pie a una sensibilidad mayor a la recepción conciliar desde los nuevos parámetros del pensamiento latinoamericano. Los documentos lo prueban: la documentación de la CEV a partir de 1973 y los muchos subsidios surgidos de su entorno. También, la reflexión originada desde entonces en algunos de los centros de formación eclesiástica y en los institutos y escuelas de formación humano-cristianas. Si bien es cierto que no ha sido tan abundante como en otras latitudes hermanas, es un nuevo capítulo que ha permeado la realidad eclesial venezolana hasta hoy y del que debemos sentirnos humildemente orgullosos.

EL PRE-PUEBLA

La Venezuela de mediados de los años 70 giró en torno a la abundancia de recursos financieros gracias a los abultados precios del petróleo. Junto a la cuota de progreso y bienestar, de consolidación de la democracia, y de expectativas de ascenso social por la generalización de la educación a todos los niveles, vio surgir al mismo tiempo un derroche y corrupción de niveles desconocidos, e hizo que la brecha entre pobres y ricos, pese a todo, comenzase una espiral creciente. La voz profética de la Iglesia se hizo presente con la denuncia, pero también se fortalecieron algunas propuestas de servicio en el campo educacional como Fe y Alegría, APEP, los hogares de cuidado diario; en la salud como las Damas Salesianas y numerosos dispensarios y centros de salud; movimientos apostólicos con proyección en la vida cotidiana, social y política: ej. El Instituto de Pastoral de la CEV bajo la dirección del entonces P. Ubaldo Santana; Cursillos de Cristiandad; Cursillos de Capacitación Social del P. M. Aguirre s. j.; centros de formación integral para el laicado, por citar solo algunos hitos.

A su vez, el panorama eclesial continental se vio enturbiado con fuertes polémicas en torno a organismos como el CELAM, la CLAR y otras organizaciones ligadas a la Iglesia, como el “giro copernicano” de la Acción Católica, de movimiento apostólico a compromiso político. El tema de la teología de la liberación se fue colocando en el centro de los cuestionamientos eclesiales. Como punto positivo, la publicación de la Carta Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI en 1975, marcó un hito renovador en la evangelización, particularmente en la comprensión de la evangelización de la cultura como dimensión de toda la evangelización con aportes enriquecedores del movimiento surgido en el postconcilio.

En el ámbito civil continental, el flagelo de las dictaduras, los regímenes de la seguridad nacional, las guerras civiles, los abusos de poder, y la “seducción” provocada por la “revolución cubana”, laceraron la vida cotidiana con el sello de la injusticia y la desigualdad, y la controversia en torno al ideal y camino preferente hacia una nueva sociedad. La Venezuela de ese momento parecía lejana al rostro del resto de países hermanos. Ese disímil escenario fue el trasfondo de una Conferencia General, la de Puebla, que se debatía entre varias aguas. Ello generó en parte de la Iglesia “el temor que nos invade a muchos cristianos latinoamericanos sobre lo que pasará en Puebla: ¿Será capaz la jerarquía latinoamericana de vender sus tesoros de seguridad y prestigio social por la alegría del descubrimiento de ese tesoro escondido que es el predicar y hacer presente a los pobres la buena nueva de su liberación?... Nosotros tenemos mucho temor de que las cosas marchen así; pero como guardamos también cierta esperanza vamos a colocar aquí como testimonio las notas de lo que para nosotros fue y es Medellín”¹².

El acontecimiento y la significación de Puebla, como veremos a continuación, lograron diseñar y poner en marcha alternativas superadoras del temido encajonamiento. Esta polaridad intraeclesial, en efecto, no existe hoy en esos términos, así como tampoco la vigencia simbólica y real de los referentes geopolíticos de entonces. Sin embargo, el panorama socio-económico y político denunciado entonces, permanece o se ha agravado. Un ejemplo concreto que requiere ser retomado, lo encarna la realidad de los pobres, por su número y calidad (formas nuevas de pobreza), que cuestiona y exige una “auténtica conversión pastoral”. Si América Latina es el continente de mayor número de católicos ¿cómo explicar que sin ser el más pobre, sí es el más desigual?¹³.

RASGOS SOBRESALIENTES DE PUEBLA¹⁴

Más que conmemorar la 3ª. Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, intentamos una re-memoración, con un doble énfasis: fidelidad creadora y crítica, y “memoria peligrosa”, buscando en el pasado virtualida-

12. Pedro Trigo. “¿Qué se debate en Puebla?” En revista SIC (411) enero 1979 p. 32.

13. Véase. Teófilo Cabestrero. “Esperanzas y temores en Latinoamérica ante la Conferencia de 36. Puebla”. En, revista Sal Terrae, 8-9 (agosto-septiembre 1978), pp. 649-658.

14. Iglesia Venezuela, 22 (octubre-diciembre 1978). P. 176. Delegados a Puebla: De derecho: Mons. Domingo Roa Pérez, presidente de la CEV y Mons. Ovidio Pérez Morales, secretario CEV y responsable de la sección no creyentes del CELAM. Delegados elegidos: Luis Eduardo Henríquez, arzobispo de Valencia, José Alí Lebrún, Arzobispo Coadjutor de Caracas y vicepresidente de la CEV, Constantino

des que no fueron desarrolladas a la luz de los desafíos angustiosos del presente. Continuidad y novedad de Puebla pueden resumirse en: primero, la línea teológico-pastoral de comunión y participación. Segundo, la vigencia de la evangelización como definitoria de la acción eclesial. Tercero, la renovación de las raíces católicas en lo “popular” (religiosidad popular); cuarto, en un contexto de secularización ya presente y la coexistencia de un pluralismo religioso de múltiple índole, y sus consecuencias en la comprensión y acción en la familia, la educación y los medios de comunicación.

Sin embargo, hay dos aspectos transversales en el documento de Puebla, muy discutidos y debatidos en su momento que se decantarán en el futuro, y a mi modo de ver, darán pie a una reflexión fecunda y positiva. La primera, la asunción en el documento, de la visión histórica de la realidad latinoamericana, como ampliación de la visión de un presente sociológicamente analizado en términos de clases en pugna “A través de una rica experiencia histórica, llena de luces y de sombras, la gran misión de la Iglesia ha sido su compromiso en la fe con el hombre latinoamericano: para su salvación eterna, su superación espiritual y plena realización humana” (Puebla, 13). Se salía así al paso de las leyendas negra y/o dorada, y se asumían los tres siglos coloniales como parte integrante del ser latinoamericano. A su vez, se superaba la dicotomía entre las categorías economicistas de inserción en la industrialización y la marxista de la lucha de clases con el trasfondo revolucionario cubano.

En segundo lugar, en línea con *Evangelii Nuntiandi*, la categoría cultura pasa de ser “un sector” al lado de otros, a una “dimensión englobante”; ella configura una realidad que no es uniforme ni continua pero “se dan elementos que constituyen un patrimonio cultural común de tradiciones históricas y de fe cristiana” (Puebla 51). Este punto es tratado in extenso en el documento en el capítulo II de la primera parte, bajo el epígrafe de “visión socio-cultural de la realidad latinoamericana”, (n. 15-71). Y en la segunda parte en el capítulo II, 2 “evangelización de la cultura”, (n. 385-443).

Estas dos categorías, historia y cultura, son “la novedad” de Puebla, y sin renegar Medellín, al contrario, enmarcan un caminar que enriquecerá el pensamiento teológico latinoamericano de las décadas posteriores hasta nuestros días, dando lugar a nuevos acentos en las teologías de la liberación y del

Maradei Donato, obispo de Barcelona, Luis Medardo Luzardo, obispo de San Carlos, Vicente Hernández Peña, obispo coadjutor de Trujillo, Tulio Manuel Chirivella, obispo de Margarita y Mariano Gutiérrez, Vicario Apostólico del Caroní. Delegados sacerdotes y religiosos: Mons. Lucio Esáa, delegado sacerdote y Hno. Ernesto Fedón DLS, delegado religioso.

pueblo, todas ellas transidas de una lectura de la realidad histórica pasada y presente, con proyección de futuro¹⁵.

CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Sin duda, Medellín y Puebla han sido expresiones del discernimiento oficial que los obispos de América Latina, junto con el pueblo de Dios, hicieron como culminación de un proceso de maduración intraeclesial, dadas las implicaciones producidas por los cambios en el mundo y en la Iglesia universal.

La revitalización de la conciencia y del compromiso social iniciado en Medellín y continuado hasta hoy, con todos los matices que se quiera poner, ha llevado a redescubrir el auténtico sentido de la misión evangelizadora y la opción preferencial por los pobres. La pregunta obligada es, ¿qué puede y debe hacer la Iglesia, jerarquía y laicos, para animarnos, iluminar y cambiar la realidad?¹⁶.

En ese caminar, la cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo (1992), estuvo marcada por la controversia en torno al quinto centenario del descubrimiento-conquista-evangelización del continente, y en lo intraeclesial en la pretensión de orientar dicha asamblea para imponer una metodología y un discurso, en buena parte ajeno y extraño a la dinámica eclesial del subcontinente. Esto hizo que el documento final, que tiene sin dudas algunos aportes importantes en varios rubros, haya tenido poca incidencia real en la pastoral del continente. Quizá, algunos de los signos más relevantes fueron la clarificación sobre la auto-conciencia eclesial en contexto del Quinto Centenario y la fidelidad, afectiva y efectiva, del episcopado y de los teólogos y pensadores, al Papa.

15. La bibliografía de antes y de ahora es muy abundante. Véase, para ampliar estos conceptos, entre otros, a: Juan Carlos Scannone, sj. "La teología del pueblo". Col. Presencia Teológica. Sal Terrae, 2017. Pedro Trigo. "Jesús nuestro hermano". Col. Presencia Teológica, Sal Terrae, 2018.

También. Carlos Bazarra Sánchez. "Por una Iglesia más fraterna". En, revista Nuevo Mundo 86(1979)121-129. Ramón Ovidio Pérez Morales. "Aportes de la CEV", en revista Iglesia Venezuela, mayo 1978, pp. 57-71: "que la reflexión se arraigue en la historia de América Latina, especialmente la eclesiástica...esta orientación no quiere negar el valor autónomo de la historia profana, y menos reducir esta a la sola historia de la Iglesia". También, José Marins. "Reflexión episcopal entre Medellín y Puebla". En Revista Medellín 15-16(1978) pp. 316-333.

16. Véase, Renato Poblete. "Reflexiones sobre Medellín y Puebla preparando a Santo Domingo". Pp. 5-14.

No obstante, la dinámica del pensamiento y la pastoral latinoamericana ha seguido un ritmo ascendente en la línea inicial marcada por Medellín y Puebla, enriquecida por la reflexión y la praxis del continente.

En el caso venezolano es bueno reseñar el singular valor del Concilio Plenario de Venezuela, en sintonía con la herencia de Medellín y Puebla, con un iter iniciado en 1996, concluido una década más tarde, en una concreción de trabajo en equipo con la participación de todas las instancias locales, en un clima de fraternidad y búsqueda en común de nuevos caminos, sin estridencias ni conflictos. La línea teológico pastoral y el desarrollo de sus dieciséis documentos están muy en sintonía con la segunda y tercera asamblea general del episcopado latinoamericano y con el magisterio y reflexión venezolanos de estos años. Figura clave, Mons. Ramón Ovidio Pérez Morales en el origen y la conducción de todo el proceso¹⁷.

El panorama sociopolítico nacional en el que se gestó el CPV no previó, ni podía hacerlo, la dramática realidad que estamos viviendo, como trasfondo limitante. Con todo, la falla principal, a mi modo de ver, ha estado en la falta de implementación efectiva de sus conclusiones. La quinta Conferencia General del Episcopado en Aparecida ratificó, en buena parte, lo afirmado en el CPV, y puso nuevos acentos que han sido retomados para la Iglesia universal por el Papa Francisco, y en nuestro patio, por la pastoral ordinaria.

CONCLUSIÓN. REMEMORACIÓN, TRADICIÓN Y PROSPECTIVA EN EL SIGLO XXI

Se ha señalado con insistencia que estamos en cambio de época, con mutaciones radicales en el obrar humano, concretado, en gran medida, por el salto cualitativo producido por el fenómeno de la globalización, el desarrollo científico-técnico simbolizado por la irrupción del mundo digital (internet, redes sociales, entre otros) en lo comunicacional, la realidad de la inteligencia artificial y la irrupción de la perspectiva biológico-neuronal como marco de referencia de la comprensión y la actuación en las esferas personal, familiar (Amoris laetitia), comunitaria y socio-histórica (Evangelii Gaudium).

Lo anterior se decanta particularmente, con características de perplejidad, incertidumbre y cierta angustia, en el desafío macro del cambio climá-

17. Entre las muchas publicaciones de Mons. Ovidio Pérez Morales, sirva de referencia clave lo que escribió en tiempos de preparación de Santo Domingo, titulado "las opciones de Puebla". Pp. 25-33.

tico (Laudato Si y sínodo de la Amazonia), que anuncia un futuro cercano amenazante.

Con sano realismo de la Encarnación leída en los signos de los tiempos que vivimos en Venezuela, debemos concentrar el interés y la responsabilidad en el proceso que ya lleva veinte años, con voluntad de poder duradero e ilimitado, autodenominado “revolución socialista del siglo XXI”, con su connotación mesiánica, que ha demostrado una clara vocación totalitaria, lo que representa un reto espiritual existencial de significación histórica inmediata y trascendente.

Eclesialmente, ha habido una reflexión y respuesta en las intervenciones del episcopado, en los aportes eclesiales tanto en pensamiento como en acciones de diversos actores eclesiales, en un clima gratificante de comunión en la diversidad, pero insuficiente por la debilidad institucional y la falta de concreción de propuestas evangelizadoras que se asuman con valentía y coraje, desde el seguimiento del Jesús histórico en una opción por los pobres más efectiva, no solo como tarea social, sino sobre todo como centralidad de la espiritualidad cristiana auténtica.

La nueva realidad exige “creatividad”, ser “Iglesia en salida”, en la que la comunidad de discípulos misioneros se involucren, acompañen, fructifiquen y festejen (EG 24). Soñar con una opción misionera capaz de transformarlo todo (EG 27) nos obliga a preguntarnos qué hemos hecho de algunas experiencias exitosas como la misión permanente, la propuesta de poner en alto las raíces cristianas de las culturas de América Latina; en una sociedad como la nuestra marcada por “la débil memoria histórica que ha llevado a no tener una correcta articulación entre fidelidad y justa distancia crítica respecto a la tradición y a tener una idea negativa del pasado” (CPV, doc. Cultura, 35).

Recientemente están surgiendo propuestas pastorales interesantes como la pastoral de la esperanza a través del Centro Arquidiocesano Mons. Rafael Arias Blanco, con la propuesta crítica de formación ciudadana y cristiana, lo cual interpela la especificidad cristiana de presencia laical en el espacio público vía partidos, sindicatos, gremios y asociaciones profesionales, cooperativas, etc.

Cómo asumir la novedad cuantitativa y cualitativa representada por el aumento de las migraciones, los déficits o violaciones a los derechos humanos en toda su diversidad, con atención particular a la inseguridad, el régimen carcelario, la praxis judicial impuesta, las desapariciones, las torturas, etc., es otra de las asignaturas pendientes.

Problema viejo y endémico, pero que ha tomado dimensiones inusitadas como la corrupción, y el desfase en la capacitación tecnológica para asumir los nuevos desafíos de las sociedades postindustriales, no ha sido objeto de reflexión y concreción.

Mención aparte merecen los desafíos provenientes de la “pobreza suplementaria”, representada en la marginación de la mujer y de los indígenas, los jóvenes sin perspectivas ciertas de trabajo digno, la atención a los ancianos, discapacitados, enfermos y alienados.

Todos estos problemas han estado señalados claramente o en ciernes desde el Concilio Vaticano II, actualizados en Medellín, Puebla y Aparecida. Siguen vigentes como problemas y requieren propuestas viables para atacarlos en sus raíces desde la especificidad cristiana.

Si Medellín y Puebla marcaron un camino inacabado, su vigencia es actual. Retomar desde nuestra identidad cultural estos problemas es tarea que nos incumbe hoy. Evangelizar desde la opción preferencial por los pobres, en espíritu de comunión y participación, es rememorar para seguir adelante desde el Jesús histórico de la pasión y muerte, pero prenda de resurrección, de pascua. Sirvan estas jornadas no solo para estar mejor informados, sino sobre todo, para que las generaciones actuales tomen el testigo sembrado por nuestros mayores.

Concluyo con esta cita que resume, a mi modo de ver, la tarea inmediata que como bautizados nos toca ahondar: “Encontrar a Cristo, o más específicamente ser encontrado por Cristo, presupone que estemos presentes donde Cristo está él mismo presente, donde Cristo mismo dijo que estará presente. Si teológicamente el punto de partida para la cristología es la realidad y la verdad de Jesucristo como quien nos amó primero, fenomenológicamente el punto de partida es este “lugar”, este “locus”, donde somos encontrados por él y recibimos su amor y su gracia. Esta es la lógica que asegura la necesaria circularidad del camino espiritual y teológico del discípulo misionero”¹⁸. Es el camino roturado desde Medellín y Puebla que espera por nosotros.

18. Cristian del Campo, s. j. “Dios opta por los pobres”. Centro Teológico Manuel Larraín. Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Santiago de Chile 2010. P.123.